

Efectos de un Regalo

No puede negarse, en principio, que el hombre humilde, el subalterno, pueden sentir por su superior jerárquico una admiración y simpatía tales que muevan su generosidad hasta el punto de gozar haciéndoles un regalo. Y el acto de este hombre, privándose de lo necesario para ofrecer a otro lo superfluo, es realmente hermoso. Sin embargo, lo que en principio es posible ¿es frecuente en la realidad?

Seamos francos y reconozcamos que la mayoría de las veces esos regalos y esas suscripciones se hacen de mala gana. O significan el pago de un favor que se obtuvo o se espera, o representan el temor a una venganza mas o menos justificada.

Y en definitiva, siempre hay coacción; siempre quien hace un regalo al superior lo hace cohibido. ¿Puede un subalterno dejar de contribuir a una suscripción si los compañeros contribuyen? Y si el regalo es individual ¿como se justifica? No mediando una merced recibida o solicitada, en cuyo caso el regalo más que obsequio es ofensa, tal liberalidad tiene mucho de sarcasmo. Parece una lección de generosidad; como si el pobre diablo quisiera humillar al rico.

Yo lo hice una vez; regalé uno muy poco valioso. Los subalternos se agrupaban alrededor de mi jefe. Uno habló, este contestó. Finos cumplidos. Todos respetaban al jefe, sin embargo, reinaba en el despacho una familiaridad extraña. Aquellos hombres por un instante se sentían tan altos, mas altos que su jefe; y este, por un momento, se sentía desconcertado. Su benevolencia era forzada; se traslucía en su actitud algo de despecho, el despecho que sentimos todos ante una humillación.

Bien hará, si tal hace, el señor jefe. Es eso una costumbre estúpida o una farsa indigna. El curso de la generosidad, como el de los ríos, sigue de arriba abajo. De abajo arriba la generosidad solo es hermosa (siendo sincera) para los de abajo; para los de arriba es humillante siempre. ¿He de decirlo todo? Yo detesto los regalos; yo pienso siempre que los regalos se hacen con su cuenta y razón. Por esto si alguna vez, muy pocas, los he aceptado por cortesía, siempre fué con repugnancia; si alguna vez me vi obligado a hacerlos me hice con rubor. El rubor de quien teme inspirar sospechas de interés ocultos, de segundas intenciones.

M.

¡Oh! ¡La gimnasia!

Dios me libre de poner en duda la alta conveniencia de los ejercicios físicos para el desarrollo corporal.

Paréceme de brillantes aquello de *mens sana incorpore sano*; pero aunque me mortifique, debo decir paladinamente que aborrezco la gimnasia, tal vez porque no me encuentro en condiciones de practicarla. Diré más, estoy escarmentado de haber querido hacerme atleta de fantasía.

Cuando yo era chico, criábame tan enterco y tan esmirrado que más tenía facha de mirlo frito que de pichón humano.

Preveyendo a mi deficiente desarrollo, hubo quien aconsejó al venerable autor de mis noches que me llevaran a un gimnasio, y, no hubo más remedio; dieron en él con mi pobre organismo.

Ha hecho época en mi vida el primer día de mi corta actuación acrobática. ¡Cuando pude renegar! Mis disgustos comenzaron por el tra-

jecito. Era una monada, un equipo de acróbata en miniatura, de gusto escocés con rayas de colores sobre fondo naranjado.

Así disfrazado me tomó por su cuenta el profesor.

Comenzó el buen señor por examinar mis fuerzas, y tomando por el extremo una pica, me dijo que yo empujase cuanto pudiera por el otro extremo. Yo hice para vencer su resistencia todo cuanto me fué posible. Inflé los carrillos, apoyé contra el palo manos y tripa, clavé en la arena mis pierrecillas que parecían estacas y me arrojé resueltamente contra mi poderoso rival. Respondió éste a mi impulso, sin más que mover un poco la mano, y desvanecidos mis esfuerzillos, me quedé en posición de bailar el cake-walk.

No debió parecerle muy sobresaliente aquella prueba, pues dejando a un lado la pica, tomó una maza muy pesada y dióme otra mas liviana, ordenándome que imitara sus movimientos. Yo debía parecer una sota de bastos en aquel instante. El hombre revolvió la maza en torno a su cabeza, yo quise hacer otro tanto y me produjo una corona de chichones, pues aquel tarugo rebotaba en mi cabeza como pelota en escalera. Según los especialistas, esto parece que es muy higiénico.

Seguí dando vueltas a la cachiporra, dispuesto a adquirir una salud de hierro a fuerza de magullarme el mate. Afortunadamente el profesor me desarmó, debió tener miedo al juez del crimen.

Después de descansar un rato, abandonado de todos, me dió la ocurrencia de subirme a las paralelas.

Colocado entre los dos listones, puse mis brazos todo lo más tiesos y rígidos que pude y me dispuse a dar saltitos apoyando las manos. En unas de estas intentonas, perdí el equilibrio y caí de narices al suelo quedando con los codos muy doblados y entre ellos el cuerpo, como langosta que quiere volar.

Parecerá mentira; pero así boca abajo en la arena y medio desconjuntado de los hombros examiné a mi saber la vida láctea tal como será dentro de algunos siglos cuando todas sus estrellas estén en punto de caramelo. Alguien me levantó de allí ni se como, ni cuando, ni como me agarró, aunque me lo figuro.

Pasé algunos momentos con los brazos cruzados como bailarín chino, para recuperar el juego de mis extremidades torácicas. Entonces el maestro me recomendó que ejercitase la escalera ortopédica, simpático aparatito inclinado que tiene en medio de dos series de peldaños, no muy anchos y una tabla bastante estrecha. Me encaramé por ellos hasta llegar al extremo y allí como Dios manda me dió a entender que me tenía que colocar boca arriba, según había visto a otros, y traté de emprender el descenso.

Pero, abandonando los peldaños en que apoyaba los pies y manos, no conseguí encontrar ningún otro punto de apoyo, y así hecho una equis descendí hasta el suelo, tan rápidamente como las cartas por el buzón. No he visto escalera más larga ni he hecho viaje mas rápido en mi vida. Me pareció que en quince días había bajado al centro del universo.

No quiero hablar de mis triunfos en las anillas donde me quedé colgado de un pie y pateando como un ratón sugeto por el rabo; ni de mis intentos de subir la escalera marina que me proporcionó todos los deliciosos efectos del mareo en plena borrasca.

Después de algunos saltitos convulsivos, caí rendido y sin fuerzas en la arena. Hubo quien propuso sacarme de allí a cucharadas.

Pero la verdad sea dicha, es muy higiénico. ¡Una barbaridad de higiene! Pruébanlo.

Ricardito

Municipales

Para la aprobación de los presupuestos, celebró el ayuntamiento, sesión extraordinaria el día 14 del mes proximo pasado.

Eran tantos los artículos, que el señor Contador empezaba a sentir el cansancio que le producía leer un tomo tan grande y de tanta letra. Después de haber terminado, se quejaba el pobre señor, (y con razón) la falta de no haberle puesto un baso de agua en la mesa, para remojarse la garganta. La suerte, que salió el señor Roura con una proposición, y gracias a él, el público despertó del estado monótono de oír tantos articulitos.

Todos los concurrentes, y hasta los mismos concejales, esperábamos ver algo de nuevo, y efectivamente, lo vimos.

He tenido ocasión de concurrir en muchas sesiones y nunca pudo ver votada una proposición contra todos los édiles, incluso el mismo proponente.

Realmente es nuevo ese caso, y causará estrañeza quien se entere de las *cosillas* del señor Roura.

Hubo quien no pudo contener la risa, pero, éramos muchos que comprendiendo la importancia que tienen las sesiones, nos vimos obligados a pasarnos la mano por la cabeza, para tener la seguridad de que todavía conservábamos el pelo.

De los presupuestos depende la vida Municipal y por esto deben ocuparse detenidamente los concejales, ya que durante el curso que egercen, puede el pueblo aplaudir su labor y reconocerle para otra ocasión.

Desgraciadamente, hace tiempo que la caja del municipio se vé invadida por telarañas y los efectos repercuten en la vida individual.

No me explico la causa de tan grave situación. Solo diré que en el año 1913, se llegó al extremo de no haber dinero para abonar los haberes a los consumidores. ¿Tan insignificante resultaba la recaudación? Si, señores. El matute, causa estragos a todas las poblaciones—unas más que otras—y la nuestra es una —y tal vez—la mas perjudicada.

Para evitar la crisis pecuniaria del municipio depende del ramo de consumos, y por esto sería necesario instalar un Rayo X en cada fielato para observar los objetos difíciles de inspeccionar. Después colocar un reflector eléctrico de gran potencia—al cuidado de un práctico en San Francés, para que en la noche dejara esparcir su radiante luz por los alrededores de la ciudad, mientras otro hombre con unos prismas, observar si entre los zarzales se esconde algún matutero. Caso de haberlo, haría la señal indicadora a la Ronda—que puesta siempre en un mismo sitio—ésta saldría de su delicioso cobijo, para darle caza.

Si entre los lectores, hay alguno dispuesto a gastarse algunos miles de pesetas, pueda dirigir su petición a quien corresponde, y en prueba de sus sacrificios, yo me interesaré para que su nombre se dé en una de las calles de la ciudad, procurando que no sea la de las Medas.

TITO

El cartero rural

Sale de la administración el cartero y emprende su camino para repartir la correspondencia que le ha sido entregada.

De pronto se para en una casa de la aldea y grita:

—El Carteroooo.....

—Abí esta el cartero—dicen los colonos.

¿Como conocen su voz? ¡Oh, la conocen! La oyen hace años aunque antes fuera fresca y clara; era la de un niño, y hoy es la de un hombre. Pero siempre es la misma. Voz querida que hace soñar de noche, en la siesta y se la espera siempre.

Al salir el colono o alguien de su familia, encuentranlo ya en la puerta de la alambrada y alargando con su liberal mano, la correspondencia que sacó de la valija. No hay más que tomarla. «Buenos días o buenas tardes» nada mas por el momento, porque viene del caserío, del villorrio, de las aldeas y se dirige deprisa a las innumerables cabañas del pueblo que en la extensión no se ven,